SEGUNDA PARTE

I.

Mueren los padres de Xóchitl.— El mal ejemplo del rey inficiona al pueblo.

Desde que al lado de Xóchitl
En gracias y edad el niño
Fué creciendo, el rey dejóla
Señora de su albedrío.
Mas si rompió en apariencia
La prisionera sus grillos,
Quedó cerrada su cárcel
Con el candado del hijo.
Y en vano sus padres quieren
Que vuelva al hogar tranquilo
Donde la vieron dichosa
Limpia el alma, el honor limpio.
Ella sus consejos oye
Sin resolverse a seguirlos
Porque llevar no la es dado
A Meconetzin consigo.
Acusáronla de ingrata
En el postrimer suspiro
La desconsolada madre

Y el noble honrado y altivo.
Ella, al saberlo, clavado
Sintió en el alma un cuchillo,
Que es de irreparable culpa
Remordimiento infinito.
Y, no hallando ya del mundo
En el inmenso vacío
Quien cultive para ella
La dulce flor del cariño,
Al seductor apegóse
Su infamia echando en olvido,
Cual con el tiempo se apega
Al carcelero el cautivo.

Fuése a vivir de la corte
En la opulencia y el brillo
Poniendo fin al misterio
De su deshonor asilo.
Y como acrecen los años,
Si cabe, sus atractivos,
Más y más al rey impone
El yugo de sus caprichos.
Dió feudos en abundancia
A sus parientes y amigos;
Dispuso de las riquezas
De la corona a su arbitrio,
Con larga mano impartiendo
Al necesitado alivio.
Empero de su privanza
El ejemplo fué nocivo

A la nobleza tolteca
Y al pueblo recto y sencillo
Que hasta allí culto en el trono
A la virtud ha rendido.
Y cuanto perdió el monarca
Veneración y prestigio
Haciendo a la faz de todos
Patentes sus extravíos,
Tanto así ganan y cunden
En los súbditos sumisos
Antes a sus leyes sabias,
Los reprobados instintos
Del lujo y la inobediencia
Y los placeres y el vicio.—
Más fuerza traen si bajan
De las montañas los ríos,
Y abrasa la luz del sol
Si en el zenit está el disco.
Quien de la social esfera
Alcanza elevado sitio,
Lleva ejemplo y enseñanza
Del bien o el mal en sí mismo.

II.

Sube Meconetzin al trono.—Sus cualidades.

Al terminar Tecpancaltzin
De su gobierno el período,

Que hacen leyes y costumbre
Improrrogable y forzoso;
Como aversión desde joven
Tuvo siempre al matrimonio,
Carece de hijos legítimos
Y, cual antes ofreciólo
Al noble irritado, sienta
Al natural en el trono.

A éste alegan su derecho
Dos parientes no remotos
Quauhtli y Maxtlatin llamados,
Sabios, valientes y mozos.
Que entrambos en la nobleza
Cuentan partido es notorio:
Rigen Estados pequeños,
Arman ejércitos propios:
Si desairados se estiman,
Con pretenderlo tan solo
Pueden causar en el reino
Inapagable alboroto.
Es preciso complacerles
Y obrar con ellos de modo
Que su interés sigan viendo
En su adhesión, no en su odio.
Pensando así Tecpancaltzin
Halla de su fin el logro
Trayéndoles junto al hijo
A que le sirvan de apoyo.
Los tres á Tula gobiernan:

Empuña el cetro de oro
Meconetzin y le imparten
Consejo y luces los otros.

Aquél tomó de Topiltzin
El nombre, y la causa ignoro.
Es de apacible semblante
Con muy expresivos ojos,
Aunque le afea el cabello
Crespo y apretado y tosco.
Su gentil cuerpo en altura
Y fortaleza es un olmo:
Tiene el carácter afable,
Noble el ánimo y brioso.
Si manda es sin despotismo,
Si castiga es sin enojo;
En él amparo halla el bueno
Y, al par, la injusticia coto.
Y así en los primeros días
De haber ascendido al solio
Fué de sus padres orgullo,
Fué la esperanza de todos.

III.

Se acercan los tiempos anunciados por el astrólogo.—
Visión del rey en sus jardines.

Mas ¡qué de esperanzas dulces
El viento menor abate

Cual árboles sin raíces,
Cual edificios sin base!
Tuercen el paso mancebos
Que sólo ejemplos constantes
De honestidad y decoro
Contemplan desde que nacen.
¡Qué mucho, sí, que lo tuerza
Quien advirtió desde infante
Que en ir por senda torcida
Son los primeros sus padres!
¡Y más si debe a su origen
Ser combustible su sangre
En tiempo en que del contagio
La chispa cunde en los aires!

Tras años de marcha recta
Y de gobierno admirable
Que amor y alabanza excita
En su pueblo y los distantes,
Topiltzin de los placeres
Dióse a la corriente fácil
En cuyas ondas naufragan
Sus mejores cualidades.
No presta oído al consejo
De sus colegas cual antes,
Y da a sus reconvenciones
Por toda réplica ultrajes.
Con el poder absoluto
Se alzó por completo y hace
Dél eficaz instrumento

De sus pasiones vulgares.
Honra a cubierto no hubo
Ni hacienda o virtud que alcancen
De su codicia o torpeza
Con buena estrella a librarse.—
No de otro modo sin freno
Corriendo el potro salvaje
Malogra en las rubias mieses
Del labrador los afanes;
Enturbia del manso río
Los transparentes cristales;
Huella y destroza las flores
Más exquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin
A cuanto mira delante
En palacio en su familia
Y afuera en todas las clases,
Dél éstas imitan luego
En proporciones más grandes
La corrupción de que al cabo
El reino entero hace alarde.
Ni asilo contra ella fueron
Los venerados teocalis
Donde el fuego apagar dejan
De su pudor las vestales.
¡Oh ceguedad inaudita!
Pueblo infeliz, rey infame
Que así corréis al abismo
Abierto a vuestras maldades

El corazón de Topiltzin
Disgusto mortal invade,
Y distracción halla sólo
En sus jardines y parques.
En ellos, cabe una fuente
Cuyo murmurio le place,
Quedó un día, si dormido
O si despierto, no sabe.
A su inmediación, del bosque
Llega en giros espirales
Sobre las alas del viento
Y con las suyas de esmalte,
Buscando las florecillas
Que guardan miel en el cáliz,
Bello colibrí, del iris
En sus colores imagen;
Pero mostrando espolones
Que en él hasta allí vió nadie.
Consigo mismo irritado,
Pues piensa en aquel instante
Que su loca fantasía
Engendra caprichos tales,
Cierra sus ojos el rey,
O bien los lleva a otra parte
A la sazón que se allega
Del limpio caño á la margen
Con grandes astas de ciervo
Liebre espantadiza y ágil;
Y que del bosque a la entrada,
Con blancas ropas talares,

Se le aparece la sombra
Del astrólogo Huemantzin.

Privóse el rey de sentido,
Sin que al recobrarlo aclare
Si fueron estas visiones
Hijas del sueño o reales.

IV.

El hambre y la peste.—Quauhtli y Maxtlatin se rebelan.

En Tula por entonces de las aguas
Regía la estación:
Sin tregua en el espacio de cien días
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo
Crecido y destructor,
A la lluvia tenaz su horrible furia
Mezclan en confusión.

Todo anegado fué, menos las cumbres
Que el pueblo coronó,
Arboles y animales flotar viendo
Desde allí con pavor.

Dique a sus cataratas pone el cielo
Al cabo, y el crespón
De las espesas nubes se desgarra
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos
Las aguas absorvió,
Se hallaron sin hogar ni sementeras
Magnate y labrador.

Éste en vano en las húmedas montañas
Sulcos sin dilación
Apresta del maíz al amarillo
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros
De ríos y vapor,
De sus lluvias el cielo más de un año
Niega a la tierra el don.

Suele oirse del trueno allá a lo lejos
La retumbante voz,
Y a esperar el chubasco alegres suben
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día
Insólito calor
Reina, noche con noche sus escarchas
Esparce el aquilón.

Secas las fuentes y la mies sin jugo
Y el árbol sin verdor
Quedan, y emigran a remotos campos
El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,
De víveres en pos,
En los semblantes retratada el hambre,
Acude a su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra
Hacer por su nación
Si ésta las plagas sufre que la envía
La cólera de Dios?

Del trono mismo al pie la débil madre
El cándido licor
De sus pechos al niño dar no pudo
Que en ellos expiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades
Convierte en panteón.
¡Cuán pocas vidas en el reino deja
Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes
De estos días de horror
En que se pega al paladar la lengua
Y estalla el corazón!

. . . . . .

Contra el rey, sus torpezas señalando,
Su irreligión y horrible tiranía
Cual causa de los males que sufría
El pueblo, alzóse grita general.
Y Maxtlatin y Quauhtli, que se han visto
Casi arrojados con baldón del trono,
Salen de Tula huyendo del encono
De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan
Y en armas, al llegar, ponen su gente:
Unen a sus dominios prontamente
Varias provincias que de Tula son.
De guerra el grito resonó en los campos,
Y al arder las fogatas en la cumbre,
De escuálidos labriegos muchedumbre
Cerca de los rebeldes el pendón.

Topiltzin se acobarda, conociendo
Que le será funesta la pelea;
Pero con rico don se lisonjea
De mantener la necesaria paz.
Y, por esfera una esmeralda enorme
Y la mesa y pared de oro macizo,
Un juego de balón al punto hizo
A sus diestros artífices labrar.

Con máquinas y mozos a millares
Cuando acabada fué tal maravilla
La envía a sus contrarios, y se humilla

El rey hasta pedirles su amistad.
«¿A qué a Tula venís si larga seca
Y el hambre y pestilencia asoladora
Tienen mi reino convertido agora
En asiento de muerte y soledad?»

Aquesta arenga al emisario enseña;
Mas, del regalo viendo la valía
Y el miedo femenil de quien lo envía,
La audacia del rebelde se aumentó.
Jamás el oro la codicia apaga,
Y antes bien la estimula y acrecienta;
Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta
Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin don alguno y con respuesta ambigua
A la corte regresa el emisario:
De Tula a poco el llano solitario
Vió al enemigo ejército llegar.
Y aunque éste, con salvajes alaridos
Que amedrentada la ciudad escucha,
A todo morador provoca a lucha,
El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas
Con aquella irritada muchedumbre,
Y se le concedió, por ser costumbre
De improviso jamás acometer.
Y hacia Xalisco Quauhtli con su gente
La vuelta al punto da, pues allí en vano

Buscara de maíz un solo grano
Y fuente o pozo en que abrevar la sed.

Así del mar las encrespadas olas
Su límite al besar playas adentro,
Vuelven con rapidez al hondo centro
Cuyos negros abismos nadie vió;
Mas, al influjo de los astros, tornan
A invadir la ribera al otro día.—
Se han de llevar el cetro y monarquía
Cual la olvidada red de un pescador.

V.

Topiltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula
Fué, según averiguo, de diez años,
Y la ruda invasión de los rebeldes
Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe
A despertarle fué de su letargo,
Y, conjurar queriendo los peligros,
Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas
Aléjase el ejército contrario